

José Otilio Umaña Chaverri
Universidad Nacional (Heredia, Costa Rica)

**LA CLANDESTINIDAD COMO SALVACIÓN DE
LA PERSONA EN *EL CUMPLEAÑOS DE JUAN
ÁNGEL*, DE MARIO BENEDETTI
Y *LA MUJER HABITADA*, DE GIOCONDA BELLI**

LETRAS 29-30 (1994)

*Todo mundo ama um dia
 todo mundo chora
 Um dia a gente chega
 e no outro vai embora
 Cada um de nós compoe
 a sua história
 E cada ser em si carrega
 o dom de ser capaz
 E ser feliz.*

Almir Sater y Renato Teixeira, «Tocando em frente»

Esta América inescapable y dolorosa

«América Latina» constituye no sólo una realidad histórico-geográfica; también es un texto con un trayecto que arranca de los primeros apuntes de Cristóbal Colón en su *Diario de navegación*. Como núcleo de significación, «América Latina» ha condicionado los procesos de escritura/lectura realizados mediante las prácticas significantes que la convención denomina «literatura». Si aceptamos el hecho de que, al escribir su texto, el escritor lo ejecuta sobre la base de una lectura de ese texto mayor llamado «historia» y que, al leerlo, el lector lo reescribe sobre su experiencia y conocimiento de la realidad (historia), América Latina deviene texto inescapable para los escritores; su palabra se encuentra irremediabilmente atravesada por nuestra realidad. Siendo así, para el escritor existe, según Mario Benedetti, la irrenunciable necesidad de «captar los movimientos, reclamos, conquistas, contradicciones, carencias y vaivenes de la sociedad»; y, en consecuencia,

la necesidad de «pronunciarse sobre los mismos»¹. Esa realidad tan compleja y paradójica cruza hasta el más recóndito silencio, hasta la más sutil y exótica de las imaginaciones.

La «literatura» —largamente pensada como «fantasía», «imaginación», «delirio», «inspiración», «privilegio de unos pocos», en todo caso, algo distinto y lejano de la realidad— en esta América ha revelado su naturaleza como lugar de reflexión, conocimiento y transformación de nuestras sociedades. La palabra poética (literaria) ha comprobado su fuerte incidencia en las luchas llevadas a cabo a lo largo y ancho del continente para liberar a los pueblos americanos de los esquemas de avasallamiento y dominación. Por tal motivo, no es de extrañar que nuestra literatura incorpore el fenómeno de los movimientos revolucionarios como parte de esa compleja realidad que llamamos «América Latina» y que, en el caso de *El cumpleaños de Juan Ángel* y de *La mujer habitada*, se explore, con profundidad, la transformación del sujeto revolucionario.

Pero, ¿cuál es, en todo caso, la conciencia, actitud y ejercicio escritural apropiados ante América Latina? El escritor, argumenta Benedetti, debe «asumir nuestra realidad» como una «inevitable y previa condición para cambiarla»². La palabra poética debe trastrocarse, pues América no se presenta como simple excusa para un desenfreno de la inspiración, sino como un doloroso e impostergable compromiso escritural: «¿Qué sos, Nicaragua / para dolerme tanto?»³, pregunta Gioconda Belli.

En cualquier parte del mundo, la realidad marca todo pensamiento y toda palabra; mas en esta América, «para su bien o para su mal, el escritor latinoamericano (acaso como consecuencia de sus cateos en profundidad, de su sensibilidad especialmente entrenada, de sus intuiciones en permanente confrontación) no puede cerrar las puertas a la realidad, y —agrega Benedetti— si ingenuamente procura cerrarlas, de poco le valdrá» pues ésta

1. Hugo Alfaro, *Mario Benedetti (detrás de un vidrio claro)* (Montevideo: Trilce, 1986), pp. 168-169.

2. Mario Benedetti, *El recurso del supremo patriarca* (México: Nueva Imagen, 1984), p. 34.

3. Gioconda Belli, *El ojo de la mujer* (Managua: Vanguardia, 1991), p. 75.

«entrará por la ventana»⁴. El escritor se encuentra en una encrucijada: tomar partido con las posibilidades de salvación o con el sometimiento de nuestros países. Es un riesgo, pero también una oportunidad para buscar medios literarios adecuados con el fin de que el tratamiento de esa realidad pueda permitir a ambos, lector y escritor, un mejor y más claro vínculo con la situación compartida y con la verdad histórica que les une.

Si alguna función ha de tener la literatura, más allá de la catarsis o de la conjura de sus demonios personales, los escritores latinoamericanos han de partir de la realidad para volver a ella enriquecidos, pues su destino está estrechamente unido al de sus pueblos: «La pequeña (y válida) conciencia social del individuo, y por ende la del escritor integra asimismo la conciencia social de su contorno, de su país, y llevando el término a una acepción más amplia, también la de la América Latina»⁵. El lector no es una vaga posibilidad o un rostro indefinido que lee por puro placer; todo lo contrario, junto a ese placer y quizá más allá de él, busca verdades y el encuentro consigo mismo y con su mundo. Y si bien el conocimiento y la transformación resultantes no le garantizan la felicidad, tal vez le harán menos infeliz.

La Revolución Cubana tiene una profunda repercusión en América Latina, en su literatura y, por supuesto, en ambos novelistas. En el caso de Benedetti, «no sólo hace penetrar a América Latina en el Uruguay sino en mí mismo», dice en una oportunidad. «Lo he escrito y firmado: hasta la eclosión de la Revolución en Cuba yo no era un tipo preocupado por lo que sucedía en América Latina»⁶. Ese despertar a esta América forzosamente ocasiona «ciertos cambios que se establecen en el orden literario»⁷. Miles y miles de latinoamericanos se ven igualmente sacudidos y empiezan a abandonar la cómoda quietud de sus mundos clase alta y clase media para integrarse a los

4. Mario Benedetti, *Letras del continente mestizo* (Montevideo: Arca, 1970), p. 21.

5. Benedetti, *Letras...*, p. 21.

6. Jorge Rufinelli, *Mario Benedetti: variaciones críticas* (Montevideo: Libros del Astillero, 1973), p. 32.

7. Ambrosio Fornet, ed., *Recopilación de textos sobre Mario Benedetti* (La Habana: Casa de las Américas, 1976), pp. 27-28.

Mientras Fidel Castro pelea en la Sierra, Ramón Raudales y Carlos Fonseca desatan acciones armadas en Nicaragua. Entre 1958 y 1961 se registran alrededor de diecinueve movimientos subversivos, y «de la conjugación de esos grupos armados», nace el Frente Sandinista de Liberación Nacional, en 1961¹⁰. Mientras unos luchan con las armas, otros lo hacen con la palabra. La poesía nicaragüense de Ernesto Cardenal, Ernesto Mejía, Ernesto Gutiérrez, Raúl Javier García, Fernando Gordillo, Roberto Cuadra, Luis Rocha, José Eduardo Arellano, Gioconda Belli y muchos más es un magnífico ejemplo de la trinchera poética revolucionaria en América Latina.

La reflexión constante sobre la realidad latinoamericana y el ajuste de su posición «ante» y «en» ella tienen un profundo impacto en la posición de Benedetti y de Belli con respecto a la escritura. Ya no demandan la honestidad y el respeto característicos de quienes tienen un «concepto frágil de libertad burguesa», sino que, por vías distintas terminan, como otros intelectuales, «asumiendo, o por lo menos comprendiendo, la libertad revolucionaria»¹¹. Ambos toman una posición crítica y combativa ante la condición de sus países. En el Uruguay y a partir de la cruel represión gubernamental ejercida por Pacheco Areco, Benedetti despliega «una extensa campaña de socialización con estudiantes, obreros, gremialistas y agrupaciones de barrio»¹², y busca sitio junto a los trabajadores y a los obreros en los emergentes cuadros socialistas y comunistas del Unión Popular y del Frente Izquierda de Liberación; luego milita en el F.I.D.E.L., en el Movimiento 26 de Marzo y en el Frente Amplio. Es un Benedetti muy distinto de aquel que en su juventud se ocupaba más de Proust y de Kafka que de América. Algo semejante ocurre con Gioconda Belli; proveniente de una familia relativamente acomodada, encuentra sitio en las fuerzas contra el gobierno de Anastasio Somoza y, utilizando la poesía, arremete contra la dictadura.

10. Humberto Ortega Saavedra, *50 años de lucha sandinista* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1980), pp. 17-18.

11. Benedetti, *El recurso...*, p. 36.

12. Luis Paredes, *Mario Benedetti: literatura e ideología* (Montevideo: Arca, s.f.), p. 202.

En los textos literarios de Belli y de Benedetti, la experiencia individual es punto de partida para la incorporación de una verdad que involucra a grandes sectores sociales. En sus novelas y como parte constitutiva de sus personajes, ambos escritores incluyen sus propios cambios como sujetos en transición. Ellos, sus familiares, sus amigos, sus compañeros de estudio o de trabajo fueron perseguidos, torturados, exilados o asesinados: «*Me seguían / con sus miradas de perros mal pagados, / me seguían / del amanecer al amanecer / espiaban / ambulaban por la acera de mi casa / estacionaban sus carros en la esquina / y andaban tras de mí por toda la ciudad, / por todas sus calles, sus esquinas y semáforos / me seguían con sus caras llenas de displicencia y torturas*»¹³. Años de inhumana represión en nombre de 'la civilidad', de 'la democracia' y de 'la paz'. Una historia compartida, triste y vergonzosa; una época caracterizada por oleadas de hombres, de mujeres y de niños quienes, como Benedetti y Belli, se ven en la urgente necesidad de dejar su hogar y remontarse al desgarrador exilio.

Benedetti y Osvaldo Puente, Belli y Lavinia recorren un largo camino; y en algún sitio dejan atrás al sujeto tímido y respetuoso quien antes no llamaba a la revolución ni provocaba el caos. *El cumpleaños de Juan Ángel* y *La mujer habitada* muestran la superación de una etapa de relativa ambigüedad y falta de claridad en sus autores. *El cumpleaños de Juan Ángel*, escrito en 1970 y publicado en 1971, recoge una realidad convulsionada por la guerrilla urbana y la transformación de Osvaldo Puente, burócrata de clase media, en el guerrillero tupamaro Juan Ángel; la novela constituye un llamado a revolucionarse y a revolucionar a un país cuyo nombre no se consigna. *La mujer habitada*, publicada en 1988, recoge el tránsito doloroso experimentado por Lavinia, joven de clase alta, al integrarse a la lucha armada contra las fuerzas represoras del gobierno. Tampoco aquí se explicita el nombre del país. «Nicaragua» es sustituida por «Faguas» (¿fuego y aguas?). Los sitios donde se libran las acciones en ambas novelas pueden ubicarse en cualquier parte del mundo, como si todos se encontraran hermanados en la lucha por tirar abajo los muros de la feliz inconsciencia.

13. Belli, *El ojo...*, p. 83.

El mundo de la feliz inconsciencia

La historia de Osvaldo Puente y Lavinia ilustra el proceso de destrucción de la pseudoconciencia individual para emerger al compromiso con el cambio social como «Juan Ángel» e «Inés». Ambos abandonan un confortable y seguro modo de vida para engrosar las filas clandestinas de los movimientos guerrilleros. Osvaldo y Lavinia, ejemplos del espíritu burgués, se expulsan de su cáscara protectora, de un mundo donde rige la falsa satisfacción y la identidad frustrada y se internan en la violenta verdad de América.

Osvaldo pertenece a una capa social cuya desgracia y crisis constante residen en no estar ni arriba ni abajo, sino a la mitad de una relación binaria de opuestos excluyentes, como toda relación posible en la lógica dominante: ricos-pobres, explotadores-explotados, etc. En otras palabras, su problema consiste en ser no disyunción en un mundo disyuntivo. Como clase, los estratos medios reniegan de unos y aspiran a los otros y, por eso, sufren la falta de una identidad claramente delineada: «ni has examinado saudosamente la ventaja de haber nacido en plena clase media o sea en plena arena movediza»¹⁴, dice el personaje a su hermana. Vive en una situación donde, en apariencia, todo anda bien, en un mundo de regocijante inconsciencia, en una especie de limbo: «nunca mirás al cielo / yo tampoco / y sabés por qué no lo miramos / porque abajo está lindo cómodo divertido» (C:19). Preso de los esquemas de pensamiento patriarcales que luego le han de asegurar a Osvaldo la posesión de un pequeño territorio donde ejercer su autoridad de varón, su vida de niño y joven ha sido orientada a cuanto la ley y el orden de la ética heterosexual excluyente promulgan como 'normal' y 'natural'. Vegeta al interior de su pequeño reino familiar, ignorando que el mundo de los otros, fuera de los muros del suyo, se agita acaloradamente y reclama un ajuste de cuentas.

Lavinia pertenece a la clase alta. Su alejamiento respecto de la clase baja es inclusive más marcado que el de Osvaldo. Su yo es el mundo de

14. Mario Benedetti, *El cumpleaños de Juan Ángel* (México: Siglo XXI, 1988), pp. 18-19. En adelante, toda cita se indicará con C, seguida del número de página.

quienes tienen «pedigree» y asisten al Club Social; suyo es el mundo de los viajes a países europeos, la ropa de marca, estudios en el extranjero, los grandes capitales. Su realidad es la «de niña rica, arquitecta de lujo con pretensiones de independencia y cuarto propio Virginia Woolf»¹⁵. Vive entre cojines, plantas, música, «en la discoteca con los amigos», en «la oficina de aire acondicionado» (MH:104) y, desde su automóvil, apenas la sorprende el marcado contraste entre las «mansiones amuralladas» y las «casas maltrechas» (MH:13). Como Osvaldo Puente y su mundo intramuros, ella apenas si está consciente de la existencia de los otros, de quienes no son parte de su mundo privilegiado y feliz.

Si bien Lavinia había admirado en Italia al Che Guevara, tiene perfecta convicción de no ser de «esa estirpe» (MH:58). Su espíritu defiende ese «concepto frágil de libertad burguesa» al cual se refiere Benedetti: «Una cosa era su rebelión personal contra el *statu quo*, demandar independencia, irse de su casa, sostener una profesión, y otra exponerse a esa aventura descabellada, este suicidio colectivo, este idealismo a ultranza» que comparten los del Movimiento; eso «ni en sus más encendidos sueños o pesadillas» (MH:58).

Mas ahí, librando sus pequeñas batallas personales, Osvaldo Puente y Lavinia sólo sobreviven mientras encuentren una excusa para la explotación de los otros, mientras puedan justificar la injusticia y el mal reparto de la riqueza material. Pueden ser felices mientras cierran los ojos a la realidad circundante y se protejan en la enajenación total, en la pseudoexistencia. Pero para ellos, la ruta —¿o deberíamos decir *el destino*?— es otra, y así como los muros se levantan también caen, así como las puertas se cierran también se abren.

La realidad toca a la puerta

Como su clase, Osvaldo es un puente y, por ello, une y separa otros mundos y al suyo propio del mundo de los otros. En tal situación de

15. Gioconda Belli, *La mujer habitada* (Managua: Vanguardia, 1989), p. 105. Como en la nota anterior, en adelante esta obra se indica con MH, seguida del número de página.

ambigüedad, este personaje se desliza a los otros cuando la palabra de éstos empieza a marcarlo, a abrirle los ojos, a romper su ingenuidad, a despedazarle el limbo, a socavarle el puente. Baldomero, un «fantasma remendón», un utópico, un idealista quien «esperó en vano a goya o modigliani» (C:29); es la voz que acorrala a Osvaldo, desde sus quince años, y le hace ver que es un joven «egocéntrico» y con un peligroso «autoculto de la personalidad» (C:29). El zapatero desata un cambio irreversible en la vida del joven: «vacía de una vez los bolsillos», le dice, «vacíalos de esos salmos a nadie / de esas mentiras de colores». A Osvaldo le ha llegado «la hora de la desmemoria», la ocasión de hacerse «la decisiva morisqueta frente al espejo roto». Baldomero conoce la verdad del país porque ha tenido «tiempo de pensar entre taco y taco»; se ha percatado de que no hay duda en cuanto a la injusticia del mundo ni en cuando a su remedio: «el mundo es jodido pero remediablemente injusto» (C:31-33). Con estas palabras, la memoria del joven comienza a descubrirse como invadida por un creciente optimismo, por una fe en el porvenir del país no experimentada jamás antes. No se ha de perder en el infierno gris de la desesperanza. Empieza a caminar firmemente hacia el Juan Ángel que ha de conformarse como síntesis de un proceso dialéctico entre una tesis (Osvaldo Puente) y una antítesis (Baldomero y los otros).

Al año siguiente de la iniciación oficiada por Baldomero, el joven se pregunta dónde se encuentran «los faltos de cumpleaños porque de todo han sido despojados incluso del pedacito de almanaque en que la madre los parió» (C:39). En su cumpleaños diecisiete, tiene un conocimiento más profundo en cuanto a la injusta repartición de la riqueza. Ese es el problema, se dice: «el conflicto no es ya entre los pobres de espíritu y los ricos de solemnidad / sino sencillamente entre pobres y ricos» (C:40).

Conforme Osvaldo cumple años, se aleja cada vez más de su familia, de su clase media, de sus normas de comportamiento, de sus expectativas personales. Adopta una actitud más beligerante que pasará de la conciencia a la palabra, de la palabra a la protesta y de la protesta a la acción guerrillera. De igual forma, el personaje ha de pasar de la identificación de los problemas sufridos por la sociedad a la identificación de las causas, específicamente de una: la intervención del imperialismo yanqui. A los veintiséis años, protesta ante algo mucho más concreto:

rodeamos colachatas que en su mórbido interior transportan senadores y al golpear concienzudamente los cristales a prueba de facciosos y escupitajos nos hacemos la ilusión de que vapuleamos su gordo pánico corremos hasta la embajada de los boinas verdes y los mormones y los testigos de jehová y los cuerpos de paz y el espíritu de guerra y vociferamos sin ningún decoro hasta que nuestro hígado y nuestro bazo nos ponen a sufrir simétricos alertas

pero al final huyen; dejan «de ser eufóricos solidarios prójimos» y se convierten «en ratones aislados en desvalidos nadie» (C:52). La protesta no llega a surtir más efecto que alzar la voz para luego sentirse solos, temerosos, casi sintiéndose nada. La protesta es, al fin de cuentas, solo palabras.

A los veintinueve años, a Osvaldo se le «sube al rostro una nueva vergüenza»: la de su «jodida efervescente responsabilidad en el gran timo / en las cuatro o cinco erratas graves cometidas en el paisito» (C:58). A los treinta y un años, tiene el segundo encuentro más importante de su vida. Se reúne con un «profanador» del sistema, con un revolucionario: «gerardo o mejor antonio» le pregunta si ha «decidido algo» y Osvaldo responde «que sí que decidí que voy» (C:68). La palabra está empeñada, el paso está dado. Luego del compromiso, tiene «una repentina sensación de que en su mundo otro tiempo se inaugura» (C:68). Si bien en Lavinia el proceso de cambio no se marca mediante cumpleaños, también acusa la participación de sujetos claves para su transformación. Es con la llegada inesperada de Sebastián, a quien Felipe lleva herido a la casa de Lavinia, como ella descubre los nexos que tiene el segundo con el Movimiento. Se muestra renuente a ser relacionada con ellos y con el ánimo de que Sebastián abandone pronto su casa, accede a ir a buscar a Flor, una enfermera miembro del grupo guerrillero. Lavinia quiere «quedarse sola, tranquila otra vez» y «olvidar que esto había sucedido» (MH:56). Pero nunca más ha de quedarse sola, ni tranquila, ni podrá olvidar cuanto ya ha vivido.

Días más tarde, Flor cumple una función semejante a la de Baldomero. Así como Osvaldo va a la zapatería, Lavinia se desplaza y cruza «un puente, hacia el mundo de los otros», ese de «una calle sin asfaltar» y a cuyos lados hay «casas de tablonos irregulares, precariamente unos sobre los otros, separándose aquí y allá para formar puertas y ventanas»; «al fondo», en «una de las últimas» (MH:77), vive la «compañera» de Felipe y de Sebastián. Flor ha de transformar su vida a partir de ese momento.

La impresión causada por Flor en Lavinia aumenta conforme pasan los días. No puede «apartar de sus pensamientos las imágenes de Sebastián y Flor» (MH:93) y se le convierten en una especie de fantasmas que observan su mundo clase alta: «No pudo dejar de preguntarse qué pensarían si la vieran en esas algarabías de muchachos mimados» (MH:93). Un día, la joven rica se vuelve a internar en el mundo de los de abajo. Lavinia le hace ver a Flor su sentimiento de estar «en terreno de nadie» (MH:96), su confusión y el interés en conocer sobre el Movimiento; ésta le facilita «varios folletos impresos en mimeógrafo: la historia del Movimiento, su programa y estatutos, las medidas de seguridad» (MH:98). Lavinia deberá ir «poco a poco», asimilando, mediante la lectura, «los instrumentos» para «aprehender el mundo de otra forma, desentrañar las certezas que desde siempre la habían rodeado, comprender los engaños de ciertas ‘verdades’ universales; poder entender el negativo y el positivo de la realidad y cómo se intercambiaban según distintos intereses» (MH:120).

Sebastián y Felipe coadyuvan en esa función de enseñanza para el cambio en la vida de Lavinia. El primero alienta su autoestima y la convence de su capacidad para integrarse. Le habla «con sabiduría» y «sus palabras penetran las alzadas resistencias, los debilitados muros que ella había levantado» (MH:112). Ante sus dudas, Sebastián le ofrece respuestas: «Uno no es de ninguna manera. Uno se hace a sí mismo. Yo te veo de lo más involucrada. [...] no importa si primero te dio por rebelarte a tu modo. Para muchos es el primer paso» (MH:112). Por su parte y en menor grado, Felipe también asume esa función y la instruye y le justifica la acción armada del Movimiento: «No creo que para nadie que tenga un mínimo de humanismo, sea posible disfrutar un banquete con cientos de niños famélicos, mendigando alrededor. La gente que lo hace, se ha convencido de no poder hacer nada,

considera 'natural' que haya niños famélicos» y agrega: «Aceptan ese tipo de violencia y no pueden entender que nosotros nos veamos obligados a tomar las armas» (MH:127).

Lavinia ha emprendido su metamorfosis. Si bien en un inicio no quería «estar en el Movimiento», éste se le ha convertido en «una atracción irracional», en «una constante tentación, una incitación inexplicable» (MH:90). Empieza por preguntarse si «no debería ella darle más a la vida que independencia personal y cuarto propio» (MH:91). Se aleja de «Antonio, Florencia y los demás» (MH:92), de esos quienes antes formaban su mundo rico. Se cuestiona la vida y «el sonido de la muerte» empieza a cabalgar «sus noches», la «violencia de los grandes generales» interrumpe en su entorno «como una sombra maligna y gigantesca», pues ya entonces «no le era posible evadirse; ya era dueña de su prodisis de rabia» (MH:115). También llega el día cuando Lavinia ingresa a la clandestinidad, a ese «mundo subterráneo» (MH:261) con el nombre de «Inés»:

—Y ahora debemos ponerte un seudónimo. ¿Cómo te quisieras llamar?

—Inés— dijo Lavinia, sin pensarlo dos veces.

—A veces, para trabajos específicos, nos ponemos otros seudónimos —dijo Flor. Y ya sabes que es sólo entre nosotros, o para lo que se te indique.

Nunca lo menciones en público (MH:120).

A partir de ese momento el proceso de transformación aumenta. Para Inés (Lavinia) «empieza» el difícil «tiempo de sustituir el 'yo' por el 'nosotros'» (MH:120), la época de aniquilar su ego y sustituir las pequeñas e insignificantes luchas por su libertad individual; inicia el tiempo de abrir las puertas de par en par, derribar los muros que todavía quedan en pie y encontrarse en otro camino, en otra tierra.

A la mitad del camino... En la tierra de nadie

Como Lavinia (Inés), Osvaldo se construye entre lo simbólico —lo establecido, la institucionalidad, la lógica patriarcal, el mito y lo semiótico—, lo

pulsional, la ruptura, la necesidad de encontrarse. La conciencia de estar en esta dimensión ambigua le lleva a una crisis de identidad que aumenta su ya experimentado sentimiento de estar en un terreno intermedio. Osvaldo trastrueca su personalidad sometiéndose a un necesario y urgente proceso de transición. Es sujeto y objeto de una metamorfosis salvadora; su apellido lo confirma. «Un hombre de transición es algo así como un puente levadizo: si deja que sus inhibiciones y temores tiren de él, y lo incomuniquen, contribuirá seguramente a frenar el natural impulso de la historia», sostiene Benedetti en uno de sus ensayos, «pero si se permite que su valor cívico y su innato sentido de justicia lo conecten con la otra orilla, esa margen revolucionaria de la que siempre parece separarnos un abismo, entonces», agrega, «sí ayudará a acercar el futuro»¹⁶. Las inhibiciones y los temores continúan tirando de él al tiempo en que se ha puesto en comunicación con una realidad que le demanda una revolución.

Haber tomado la decisión de hacerse guerrillero no es suficiente como para tener pleno control y conciencia de su identidad. Hasta ahora, Osvaldo sólo es «un personaje en borrador» (C:76). Su identidad todavía no está claramente definida por la acción. En su cumpleaños treinta y tres, decide recorrer el último trecho antes de echar abajo el puente y toca a la puerta del sitio donde los guerrilleros le esperan. La muchacha quien le recibe lo introduce y lo bautiza con el nombre de Juan Ángel: «yo osvaldo puente compatriota me llamo en realidad juan ángel» (C:77). El proceso de negación de su anterior mundo se completa al asumir la clandestinidad; entonces, siente estarse «pasando en limpio» (C:76). Es en la clandestinidad donde le es posible hacer un deslinde entre él y los otros, entre el aquellos y el nosotros, entre cuanto es y lo que no es su identidad. No hay alternativa de regreso. No obstante, en ocasiones Osvaldo Puente aún asoma y Juan Ángel, «noche y día», quiere «clausurar» a su «burgués con doble llave» (C:93). Mientras deja a Osvaldo disfrutar del paisaje, leer a Proust o a Kafka, el clandestino trabaja «como un poseso en el cuestarrriba de la justicia social» (C:94). El puente ha de caer en su último cumpleaños, al integrarse directamente a la lucha armada.

16. Mario Benedetti, *Escritos políticos (1971-1973)* (Montevideo: Arca, 1985), p. 34.

Llega el momento en que pertenecer al Movimiento no es, para Inés, una «terapia psicológica» ni «un mecanismo para tener algo por qué vivir» y, como en el caso de Flor, su compañera, empieza a reconciliarse consigo misma y a asumir «una responsabilidad colectiva» (MH:97). De manera parecida a cuanto sucede con Osvaldo a la hora de incorporarse como Juan Ángel, Lavinia inicia «la travesía» (MH:115) y descarta «toda vuelta atrás» (MH:120). Tiene miedo, pero se afianza en un terreno más sólido y «no se bambolea como la llama en el aceite» (MH:122). En un parque, la joven pone su mano sobre uno de los folletos que le diera Flor y jura «ser fiel al Movimiento, guardar el secreto con su vida» y acepta que «el castigo de los traidores» sea la «deshonra y la muerte...» (MH:201).

Inés se encuentra «perdida» en un «terreno de nadie, por no ser aún ni una cosa ni la otra, por ser nada más que un deseo, una voluntad, un ardor abstracto que le recorría de certeza; la certeza de que en su campo magnético, la aguja apuntaba a un norte definitivo. Hacia allá avanzaba tropezando, poco a poco quedándose desnuda, impulsada por una misteriosa, inusitada fuerza» (MH:180). No tiene pleno control de su identidad ni de la rabia que ha invadido su vida. Se siente «extraña»: «No sé qué soy todavía» (MH:182). Necesita «romper el miedo» y «aceptar el compromiso frontal, no teórico, de su decisión» (MH:171). Debe tomarle odio a su origen. Esta crisis de identidad se refuerza todavía más al asignársele la tarea de permanecer en el mundo de los ricos y espiarlos, pues en el Movimiento «interesa saber qué piensan y qué planes tiene esa gente» (MH:152).

Cruzar su propio puente, no significa para Lavinia haber dejado totalmente atrás su vida anterior. Siente «una confusa mezcla de emoción, miedo e irrealidad» (MH:201). Ajustarse al mundo de la clandestinidad, encontrar el sitio adecuado, no es sencillo; eso, le confiesa Flor, le sucede «a muchos»: «sobre todo cuando ingresamos al Movimiento sintiendo que no somos nadie» (MH:271). Su problema mayor es el estar «acostumbrada a actuar sola en la vida»; necesita «aprender a actuar en conjunto y a ser disciplinada» (MH:219). Impera la necesidad de ser vigilante, discreta, cuidadosa. Esta conducta, esencial en los planes del Movimiento, también la encontramos en la escritura de Juan Ángel, para quien la grafía se vuelve un potencial peligro:

aquí viene un amplio espacio en blanco por motivos que no vale la pena mencionar

y cuando me hubieron explicado todo y todo lo memoricé y cuando estuve seguro de la calle que anoté en la vesícula y del nombre que consigné en el páncreas y de la contraseña que escribí en el esternón y del mensaje que registré en el bazo y de la noticia que apunté en la tiroides (C:78-79).

Ninguno de esos datos puede quedar en el papel; se guardan, secretamente, en la memoria, en lugares donde los demás no escriben y a donde ninguno de ellos ha de llegar.

Junto con «Ramón», «Pedro» y «Clemencia» —todos clandestinos— Inés recibe entrenamiento y, mientras ello sucede, comparte «el mismo sentido de la vida y la misma callada determinación»; no se sienten «extraños» (MH:226). Todos se encuentran sin apellido y, como sucede con Juan Ángel, no se sienten huérfanos. Para Osvaldo Puente, tener otro nombre sin apellido «significa borrón y cuenta nueva», quiere decir «la herencia al pozo el legado al pozo el patrimonio al pozo significa señores liquido apellidos por conclusión de negocio» pero, más que nada, «soy otro», «somos otros» (C:77-78). Ahora, Inés se llena de amor y de rebelión, se hunde «con gusto, con entusiasmo nunca antes experimentado, en esa red de llamadas, contactos, viajes a llevar y traer compañeros». La fuerza de Itzá, espíritu indígena que habita en el naranjo de su patio, se incorpora en la Inés quien ha sustituido a Lavinia, en esa clandestina quien lucha «contra ese mundo de mierda en el que había nacido» (MH:215). Como, Juan Ángel, deberá esperar a participar directamente en la lucha armada para asumir por completo su identidad de «Inés».

Realización del sujeto en la acción revolucionaria

En una ocasión, Benedetti afirmó la naturaleza optimista de *El cumpleaños de Juan Ángel*. Ciertamente, es en su cuarta novela cuando, por primera vez, los personajes encuentran salida a su crisis de identidad en la

acción revolucionaria y en la esperanza que la estimula. El más importante cumpleaños de Juan Ángel es el último, el número veinticuatro, en el cual celebra la culminación de un cambio. En esta oportunidad, Juan Ángel deja atrás al burgués de Osvaldo Puente y sus temores e inicia su acción armada; empieza por enfrentar la muerte sin miedo, sabiendo que la revolución no es muerte sino vida: «la revolución no es jamás el suicidio / la revolución ni siquiera es la muerte», sostiene, «la revolución es la vida más que ninguna otra cosa / aunque pueda morirse en ella» (C:92).

La acción última de Juan Ángel, al salvar su vida, huyendo por el sistema de cloacas de la ciudad, es atravesar la dimensión oculta, maloliente y podrida de la realidad del país. Constituye un viaje a la oscuridad del infierno para emerger a la luz, al conocimiento, a la iluminación, a la sabiduría con la cual el guerrillero relata su propia revolución personal. La travesía por las cloacas se silencia. De ese recorrido, la escritura sólo nos permite conocer al hombre nuevo quien, en versos, apunta el largo camino hacia su propio encuentro.

El «autoculto a la personalidad», tan criticado por Baldomero años atrás, llega a su fin y Juan Ángel inicia «cautamente la jubilación» de su «narciso» (C:99). Al desintegrar su ego, adquiere auténticos vínculos con sus «iguales» (C:98). Quienes en un tiempo fueron los suyos y ahora son los otros permanecen en su memoria como «reliquias» (C:102); no siente nostalgia por ellos. Por quien sí siente nostalgia, a quien sí desea ver, es a Baldomero, voz sabia y trastrocadora que, diecinueve años atrás, le ayudó a entender la vida de un modo diferente y a buscar el camino del renacimiento. Le «gustaría tenerlo a mano para comunicarle» su «hallazgo más reciente»: desde hace «por lo menos tres minutos» no tiene miedo (C:102). Su 'nosotros' involucra a quienes luchan en el mundo por mejorar la condición del ser humano. Los une la existencia de la injusticia y la posibilidad de eliminarla. En eso no hay frontera capaz de separarlos. La batalla es la misma y el propósito también; se trata de una lucha extendida más allá del país, más allá de los límites de este doloroso continente. Su 'nosotros' alcanza a ese «vietnamita salvajemente torturado que aguanta sin hablar y muere sin hablar», pues al hacerlo, «no sólo está salvando a sus camaradas también nos salva a nosotros», aunque jamás se sepa su nombre; al fin de cuentas el

nombre dice poco, cuenta la acción de guardar el secreto y mantener el juramento. Por esa lealtad al margen del nombre, «siempre habrá que recordar que ha muerto sin habernos delatado» (C:88), asevera Juan Ángel. Se es hermano, compañero e igual en la solidaridad de la revolución y en el aceptar una única verdad: la realidad es «la única eterna» y el ser humano es capaz de «transformarla» porque, en la lucha por la justicia, «siempre habrá un orden que desordenar» (C:63-64). La revolución es, pues, también eterna.

Inés encuentra su realización al incorporarse a la acción armada. Ha concluido la inspección de la casa del General Viela. Conoce cada uno de los rincones, pues ella los ideó. El Movimiento ha recibido los planos e información respecto a las actividades de la familia Viela. Ella lo ha hecho. Es diciembre de 1973 y Faguas está a punto de ser sacudido por una acción en la cual la joven ha participado. Felipe Iturbe, su amante, ha sido herido accidentalmente durante los preparativos de la acción. Antes de morir, quien alguna vez llegó a sentirse un poco molesto con ella, por haber tomado la decisión de acercarse al Movimiento, le pide ocupar su lugar en el asalto a los Viela. Le ruega insistir, ante los otros compañeros, para que se lo permitan.

La acción guerrillera a punto de ejecutarse la reclama. No podrá tomarse el tiempo para disponer del cadáver de su Felipe. Eso lo hará un amigo de ella. Inés se dispone a unirse a los demás:

—Ya me voy Felipe —le dijo, acercándosele a la cara—. Ya me voy, compañero —repitió. Patria Libre o Morir —sollozó, besándole las manos, sintiendo por primera vez la humedad de las lágrimas empezando a correr como ríos (MH:296).

Se interna por los caminos transitados por ella con más frecuencia últimamente. Se dirige a la casa donde los compañeros se preparan para el asalto. «Soy Inés» (MH:297). Se encuentra allí para cumplir la promesa hecha a Felipe pero, ante todo, para ser verdaderamente «Inés». Ella ha demostrado «coraje» y «disposición» y el Movimiento ha acordado otorgarle «la militancia» (MH:303). Se ha ganado el respeto de los compañeros al

poner su vida «en la línea de fuego» (MH:304) y ahora, cuando se planea una de esas acciones especiales para las cuales se hace necesario cambiar el seudónimo por un número, entra, por pleno derecho, a empuñar un arma. Inés es la número «doce».

En la oscura casa donde se preparan siente que «Ella era Felipe» y que «Felipe era ella»; él «viviría en sus manos, en su dedo apretando el gatillo» (MH:315). Lorenzo la entrena de emergencia para manejar una subametralladora Madzen y le aconseja que, en combate, sienta «que el arma le va a ser fiel, que responderá como un brazo o una pierna, como alguien que lo quiere a uno y lo defiende a morir» (MH:315). Hasta el arma debe estar incorporada en su acción compartida. Felipe, su compañero y amante ha sido víctima de la violencia del país, la violencia de los «FLAT patrullando las calles, hombres de cascos y toscos rostros imperturbables, las tropas élites y sus consignas terribles, la casta, la dinastía de los grandes generales» (MH:305), y contra ellos dirige su profunda ira.

Allí, dispuesta a dar la vida y sintiendo en la suya la de Felipe, Inés se percata de haber «trascendido sus miedos», de confiar y de estar «segura de querer estar allí, compartiendo con ellos, con estas personas y no con las otras, lo que quizás serían los últimos momentos de su vida» (MH:316). Rechaza, de tal suerte, el mundo que había sido suyo, lo odia y se dispone a atacarlo con sus propias manos. Ahora, sus sentimientos hacen recordar los de Juan Ángel:

Aquí se acababan las cunas de tul o de palo, los distintos recuerdos de infancia. Si íntimamente la aceptaban o no, quizá nunca lo sabría. Lo cierto es que, en este instante, en este paréntesis de tiempo, todos se fundían, animales de la misma especie. Sus vidas dependían las unas de las otras. Confiaban los unos en los otros, confiaban sus vidas a la sincronía colectiva, a la defensa mutua, al funcionamiento de equipo (MH:316).

«¡Patria libre o morir!» es el grito del Movimiento. Durante el asalto a la casa, Inés recibe un «golpe en el pecho» (MH:337), inmediatamente después de haber alcanzado al General Viela con su Madzen. Descarga «todo

el magazine» (MH:337), y, sólo después de ver a su enemigo desplomarse, permite entregarse a la muerte. La joven rica, de bailes en el Club Social, de ropa de marca importada, viajes al extranjero y diversión en la discoteca termina su proceso, al menos por ahora y como Lavinia, Inés o como la número Doce. Con su muerte al servicio de la revolución, la joven se hace una con todos los hombres y las mujeres quienes luchan en esta América y en el resto del mundo. No ha muerto «sin designio ni herencia», asegura la sabia voz de Itzá, ella poblará también «de frutos carnosos el aire de tiempos nuevos», pues «nadie que ama muere jamás» (MH:338).

Revolución como liberación de la persona

En ambos novelistas, la dulce comodidad del intelectual se desarma ante el reconocimiento de que no es posible hallar refugio en la vieja moral patriarcal burguesa mal practicada, sino en el terreno de la nueva moral revolucionaria. América, parecen predicar *El cumpleaños de Juan Ángel* y *La mujer habitada*, sólo puede rescatarse mediante una ética que no emita juicio apoyada en las figuras excluyentes del 'hombre' y de la 'mujer'; una moral que reclame el respeto a la 'persona' y el derecho a una vida digna. Es la ética del sujeto revolucionado y revolucionario.

Como un acto poético, Benedetti y Belli llaman al trastrocamiento de los principios heterosexuales dominantes del *statu quo*. Claman por la incorporación de todos, pues en el fondo mantienen viva la idea, la esperanza, o la ilusión de un paraíso. Un Edén donde no haya una Eva saliendo de la costilla de un Adán, sino dos compañeros, dos iguales, emergiendo a la vida al mismo tiempo, un mundo no construido sobre la fe en el mito, sino en el esfuerzo histórico; no sobre el juego de la dominación, sino por la obtención de la libertad plena; no sobre los preceptos burlados, sino mediante el reconocimiento de la diferencia. Si la palabra (el texto, el discurso) está en el mundo y por ella el universo se configura y el cuerpo instintivo reacomoda su conducta y se sujeta a la historia de esta América, esa palabra debe ser la palabra revolucionaria de la persona.

Oswaldo Puente adopta los papeles inculcados por el sistema, como parte de su vida en la normalidad. En su hogar, donde encuentra «el rostro

guarneciente» de su mujer y «la pureza volátil» de sus hijos, se siente patriarca: «No sé por qué me he puesto sereno y programador / a medida que me acerco a mi territorio mi hogar terreno firme» (C:54). La mujer, como parte de ese esquema moral, deviene en objeto de posesión, aquello que le permite satisfacer sus deseos, un bien cuyo valor él tiene el privilegio de decidir. Ella es su «latifundio» y su «minifundio», el sujeto en quien satisface «sus éxtasis frugales», la tierra donde cultiva sus «almácigos de púdica lujuria». Nadie, se ha dicho, se lo podrá quitar, «no habrá reforma agraria que» se «la expropie» (C:60).

Conforme la «triste armonía que vegeta extramuros» cala en su conciencia y llega a exiliarse de su mundo clase media y de las convenciones sociales que le han regido, Osvaldo siente necesidad de escapar de la relación dominadora propia de su «latifundio» o «minifundio»; le urge desgarrarse de todo cuanto le pertenece según el código de autoridad machista. Ahora, cuando «todo se halla en su sitio», incluidos sus «huesos», sus «recuerdos» y sus «silencios», se halla también «en condiciones de extraviarlos» (C:64) y abandona todo cuanto antes llegó a pensar ni siquiera una reforma agraria podía arrebatarse de las manos. Al pasar a la clandestinidad, Juan Ángel descarta la conducta del varón dominante.

Cuando Osvaldo toma partido con la guerra contra la injusticia, se siente «por fin en paz» (C:69); pero advierte un hecho: para romper con el sistema, tiene la imperiosa necesidad de desgarrarse de la familia nuclear. El personaje cuestiona tal institución, la ridiculiza, se burla de ella. Con su rechazo a las trampas y las convenciones, emerge la figura de la persona en su pensamiento revolucionario. Esto lo podemos observar en la significativa asunción de la mujer ante sus ojos. Ella deja de ser sujeto pasivo, objeto de posesión, irracionalidad, debilidad, carencia y se transforma en persona activamente involucrada en una lucha que no acepta el privilegio y que ataca la injusticia. «No se puede hacer una revolución sin ellas», pues si bien les cuesta dejar atrás «su corazón doméstico», cuando lo logran «se vuelven más tenaces que un gladiador» (C:90).

La mujer habitada tiene alcances parecidos a *El cumpleaños de Juan Ángel*. El proceso de cambio en Lavinia ejemplifica los múltiples obstáculos

para obtener el estatuto de persona. Lavinia es mujer y, como tal, está sometida a las restricciones patriarcales. Estudiar arquitectura, irse del país para hacerlo, tener su propia casa y no vivir ni depender de sus padres son muestras de su tenaz decisión por regir su propio rumbo. Eso constituye su libertad. Pero tal cosa lo es únicamente en el esquema de conducta de su mundo clase alta, en el restringido espacio de su 'normalidad'.

Lavinia ha roto casi todos sus nexos con la familia. Rechaza la figura de su madre, quien con alguna frecuencia la lleva a «sentir la típica reacción que [...] la provoca» (MH:187). La personalidad de esta mujer es una de «carencias profundas», de «caricias que le faltaron» (MH:223). No quiere recordar «el hogar de la infancia» (MH:166), porque su «infancia cuelga de su fantasía como región de bruma y soledad» (MH:223). El padre también le resulta un «desconocido»; de hecho «no tenía ni padres, pensaba, lamentándose» (MH:281). Sus nexos con ellos apenas alcanzan «una distancia ancha desde cuyos extremos apenas si el afecto asomaba en gestos y palabras cifradas» (MH:222).

Tal es el resentimiento, la necesidad o el reclamo con sus padres, al punto de que cuando Flor le entrega los folletos con la información del Movimiento, Lavinia se pregunta «¿Qué diría su madre si la viera?» (MH:99). Tiempo después, persiste la opinión de esos padres; «¡Qué lejos estaban sus padres de sospechar estos rumbos de su vida!» (MH:222). Y es que ellos «no la han dejado libre» (MH:223). Su libertad, entonces, sólo será completa el día en que no piense más en ellos, cuando, como Juan Ángel, se haya desgarrado de la familia.

Ya como Inés, Lavinia descubre los patrones de dominación machista en los miembros del Movimiento. Sebastián le plantea la necesidad de cambiar esa situación. «El Movimiento, en su programa, plantea la liberación de la mujer», le dice, y agrega: «Por lo pronto, yo trato de evitar la discriminación para con las compañeras. Pero es difícil. No bien juntás hombres y mujeres en una casa de seguridad, las mujeres asumen el trabajo doméstico sin que nadie se los ordene, como si fuera lo natural» (MH:164). Ese cambio es parte de la revolución y las contradicciones son explicables. Durante miles de años se ha hecho creer que es natural que el hombre domine

y la mujer obedezca, que el varón hable y la hembra calle, que él luce y ella espere. «Si hasta el Che Guevara decía, al principio, que las mujeres eran maravillosas cocineras y correos de la guerrilla, que ese era su papel» (MH:98), asegura Flor.

Contrario al odio encubierto de amor que sujeta las relaciones del «territorio» de Osvaldo Puente y de Lavinia, la ética revolucionaria de Juan Ángel e Inés busca romper ataduras y dejar escuchar un «canto de amor colectivo» (C:87), al mediar un desprecio por 'lo mío' y al imperar la justicia de un 'nosotros'. Esta nueva ética intenta que la relación entre hombres y mujeres sea de opuestos pero en términos de igualdad, contrarios pero no excluyentes, personas y no 'macho dominador' y 'hembra sumisa'. Eso es posible por cuanto, en el ideal revolucionario de ambas novelas, «Todo cambia. Todo se transforma» (MH:301).

En *El cumpleaños de Juan Ángel*, Montevideo se convierte en «la ciudad»; y el Uruguay y América dejan de ser trasfondo para emerger como red de significaciones. Así ocurre en *La mujer habitada*. Nicaragua se transforma en «Faguas», cualquier ciudad, cualquier país latinoamericano. Para llegar a sus conclusiones, el lector cuenta con su propia existencia y con los riesgos del vivir en esta América.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alfaro, Hugo. *Mario Benedetti (detrás de un vidrio claro)*. Montevideo: Trilce, 1986.
- Belli, Gioconda. *El ojo de la mujer*. Managua: Vanguardia, 1991.
- . *La mujer habitada*. Managua: Vanguardia, 1989.
- Benedetti, Mario. *El cumpleaños de Juan Ángel*. México: Siglo XXI, 1988.
- . *El recurso del supremo patriarca*. México: Nueva Imagen, 1984.
- . *Escritos políticos (1971-1973)*. Montevideo: Arca, 1985.
- . *Letras del continente mestizo*. Montevideo: Arca, 1970.
- Fornet, Ambrosio, ed. *Recopilación de textos sobre Mario Benedetti*. La Habana: Casa de las Américas, 1976.
- Ortega Saavedra, Humberto. *50 años de lucha sandinista*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1980.
- Paredes, Luis. *Mario Benedetti: literatura e ideología*. Montevideo: Arca, s.f.
- Rufinelli, Jorge. *Mario Benedetti: variaciones críticas*. Montevideo: Libros del Astillero, 1973.
- Varela Petito, Gonzalo. *De la república liberal al estado militar: crisis política en Uruguay, 1966-1973*. Montevideo: Ediciones del Nuevo Mundo, 1988.